

quien ama la religión, verla crecida, sostenida y explicada por tales genios! Pero, por favor, no acumuléis sus testimonios en fastidiosas y ridículas enumeraciones: *Enseña S. Basilio*;—y *San Juan Crisóstomo lo confirma en estos términos*;—*San Ambrosio está de acuerdo en este punto*;—*por otra parte San Agustín nos dice*;—*no omitamos al Angel de las Escuelas*; etc..... ¿No fuera mejor soldar los textos que alegáis sobre el mismo punto de doctrina, procurando disponerlos en hábil progresión? Tendrías un buen medio de justificarlos y de revelar su autoridad á vuestro auditorio.

¿Pueden citarse autores profanos?—Indudablemente escogiendo las citas. Los sabios, eruditos y literatos célebres han escrito notables páginas que pueden invocarse cual homenaje del talento y del ingenio á la verdad católica. Los mismos heterodoxos han hecho confesiones que importa realzar, y los gentiles de quienes dice San Pablo que llevaban la ley eterna gravada en sus conciencias (1), nos han dejado palabras edificantes y bellas máximas que conviene asociar á los preceptos y consejos de la moral evangélica. Sin embargo, observad justa medida; evitad ciertos alardes de erudición, que, por los nimios y afectados, pudieran sonar á pedantismo.

(1) Rom., II, 14, 15.

A los testimonios añadid ejemplos. Presentados con elocuencia, ejercerán sobre las almas tal vez mayor poder de atracción que la palabra: *Verba movent, exempla trahunt*. Tomadlos con preferencia de la Escritura y de la vida de los Santos. Pero no os prohibo ciertos rasgos históricos que, sin carácter de heroica santidad, pueden despertar en las almas sentimientos nobles y excitarlas á grandes y generosas acciones. Cuidado con citar por hechos, invenciones de vuestra fantasía, convirtiendo la cátedra de verdad en escenario de farsas.

Testimonios y ejemplos confirman las pruebas y adornan el discurso; mas aun quedan á vuestra disposición como adorno las comparaciones, contrastes, descripciones, pinturas y cuadros de costumbres.

Sean siempre las comparaciones justas, los contrastes salientes, y las descripciones sobrias. Dicen que toda comparación cojea: *Omnis comparatio claudicat*. A pesar del proverbio, someted las vuestras á una ortopedia literaria tan rigurosa, que no se eche de ver en ellas flaco alguno. Emplead el género descriptivo para interesar, no prodigándole, so pena de entretener sin instruir ni mover á las almas. Las pinturas y cuadros de costumbres, son arte necesario y popu-

lar, pero difícil y peligroso. Peligroso para el orador, que, deseando á todo trance ser sincero y exacto, más de una vez se excede en detalles que debiera omitir; peligroso para el oyente, que se escandaliza de ver una persona consagrada á Dios demasiado al corriente de cosas á que debiera ser extraño. Tales descripciones si no van basadas en sólidos principios, resultan inútiles, resbaladizas y hasta perjudiciales. «¡Quién nos diera la pintura moral de los Santos Padres y de nuestros clásicos maestros, exacta y animada, delicada y en ocasiones profunda, pero clara y popular, sin refinadas sutilezas ni maligna satisfacción para las miserias de la naturaleza corrompida; honesta en medio de cierto naturalismo, hoy extremado para nuestras costumbres, menos sencillas á medida que son menos puras; siempre cristiana, sobrenatural, apostólica, á su vez cauterizando con hierro candente al vicio, pero jamás acariciándole con el pincel! Nunca los próceres y glorias de la elocuencia sagrada prescindieron del análisis del corazón. A él dedicaron Bourdaloue su penetración pasmosa, Bossuet su precisión enérgica y dramática en extremo, San Agustín su finura y bondad, San Crisóstomo su intrepidez apostólica, el mismo divino Salvador aquella sin igual energía hermanada con divina moderación. Deplorable sería malversar las dotes que al

efecto se posean, sustituyendo la pintura seria y saludable, que habla al alma, con ciertos cuadros de imaginación y sentimentalismo, capaces á lo más de ofrecer un rato de distracción á cabezas ligeras y corazones enervados» (1). No seamos pusilánimes hasta el punto de callarnos sobre desórdenes que urge señalar, pero vaya templada nuestra franqueza apostólica con delicada prudencia y gran pureza de intención.

Indicados los elementos que han de entrar en la composición y ornato del discurso, veamos como le habéis de vestir. Su ropaje es el estilo: un discurso bien concebido, pero sin estilo, parece á una mujer rica de preciosas telas, encajes y preseas, que ignora el arte de lucirlo disponiéndolo con gusto: es un haz de preciosidades sin orden ni concierto.

Aprended á escribir, y á escribir bien, os he dicho al hablaros del cultivo de la palabra, é insisto en el consejo; son indispensables corrección, pureza, claridad, sobriedad y propiedad de estilo á quien quiera hacerse escuchar.¶

Corrección ante todo. Las faltas de lenguaje perjudican á las ideas. Hay pocas personas que las disimulen para atenerse á la parte sólida del discurso. En general, el oyente mal impresionado

(1) LONGHAYE, *La Prédication*, 2.<sup>a</sup> parte, II, 1, § 3.

con dificultad atiende á quien lastima su oído y su buen gusto. Por más que hagáis para interesarle con ideas exactas y consideraciones elevadas, como se persuada que no sabéis hablar, ha de concluir, fatalmente que no sabéis discurrir.

Amén de la corrección, pureza. Hablad la hermosa lengua castellana. No la corrompáis con extraños vocablos y neologismos y esa especie de jerga que la baja literatura pone en voga. No vayáis á buscar, en obras modernas que ostentan menosprecio de las puras tradiciones literarias, frases artificiales, giros extravagantes, chocantes creaciones de palabras, combinaciones y construcciones que desfiguran la idea hasta hacerla abigarrada y á veces incomprensible. No frecuentéis la lectura de autores decadentes que, por ser nuevos, tórnanse bárbaros, y creyendo ser amenos, dan en rídiculos, y pretenden enriquecer la lengua deshonrándola. Si conviene conocerlos para detestarlos, es peligroso mantener asiduo comercio con ellos: os exponéis á resabiaros de literarias impurezas, que sin daros cuenta, se introducirán en vuestra manera de hablar. Leed los buenos y castizos autores, maestros de la lengua, y sin remendar su estilo, procurad imitar su pureza.

Sed claros, usad las expresiones y giros que mejor os den á entender, pues hay gran trecho de la confusión á la profundidad.

Natural compañera de la claridad es la sobriedad. Incorre en grave defecto quien, engreído de su estilo, prodiga colores, flores é imágenes, olvidando que desarrollar un pensamiento, no es desleírle, y que la intemperancia de estilo le debilita y hace insulso. Para conservarle toda su fuerza y sabor, decid lo preciso, y nada más. Evitad con esmero el lujo de epítetos. Dice Quintiliano que «cuando se recarga de epítetos el estilo, viene á ser este cual batallón compuesto de tantos ayudantes y bocas inútiles como soldados. Duplícase el número, más no la fuerza.»

Además de correcto, puro, claro y sobrio, debe el estilo ser apropiado á las ideas que se desenvuelven, á los sentimientos que se expresan, y al efecto que se intenta producir. Oid lo que, sobre el particular, encargan los maestros: «Aquel, según Cicerón, es elocuente que sabe decir en estilo llano las cosas poco importantes, en estilo templado las que lo son más, en estilo elevado y sublime las cosas grandes: *Is igitur erit eloquens qui poterit parva submisse, modica temperate, magna granditer dicere*» (1). Como quiera que se habla para instruir, agradar y persuadir, el estilo sencillo es bueno para instruir; el estilo algún tanto adornado, para agradar; y el grandioso, realzado y sublime, para tocar, conmover y ele-

(1) *De Oratore.*

var las almas. Pero cuidado: un estilo siempre elevado, solemne, adornado ó florido, es vicioso. «Todo cuadro necesita sombras para que resalten los colores» (1). La afectación en el estilo molesta á las personas de buen gusto que desean expresión natural como la verdad. Cuanto al sublime, él de suyo se impone, bajo la impresión de una gran idea ó de una fuerte pasión; sus visitas son raras; dejadle venir. Si le buscáis, corréis inminente peligro de dar en ampulosos.

Bajo otro aspecto considerada la propiedad de estilo es cosa más personal. Quiero decir que vuestro estilo no ha de ser colección de pasajes ó trozos de autores favoritos ni remedo más ó menos feliz de sus giros y artificios de lenguaje. Ha de ser *vuestro*, ó séase, la expresión propia y original de vuestra alma, de vuestro modo de concebir las ideas, de ver y comprender la verdad, de adoptar las imágenes, de recibir el impulso de las pasiones, de sentir el divino imán de la gracia, fuente única y fecunda de la elocuencia sagrada.

Resumo los consejos que acabo de daros, en estas palabras de Cicerón: «Necesario es instruir, suave el deleitar, pero mover y doblegar voluntades es el summum de la elocuencia: *Docere ne-*

(1) CICERÓN, *ibid.*

*cessitatis est, delectare suavitatis, movere seu flectere victoria est»* (1). San Agustín las comenta por extenso en su libro *De Doctrina christiana* (2); y pueden servir de regla general para la composición y ornato del discurso.

Más que nada, proponeos instruir, esto es, dar á conocer las altas, profundas, santas y saludables verdades cuyo heraldo es el apóstol. Así os lo manda el Salvador: *Euntes docete*. Pero tened entendido que el púlpito no es una clase. Suele ser vicio de jóvenes que salen de los estudios darse á cierto género razonador y puramente demostrativo. Sus discursos parecen esqueletos sin carne y sangre. Mirad, como nota San Agustín, que no todos tienen el gusto de la verdad á secas, y que, para dulcificarla, ocupa lugar distinguido en la elocuencia el arte de agradar (3).

Con todo, no os dejéis arrastrar del prurito de deleitar á vuestros oyentes con los encantos de la palabra. Ya se que es gusto del siglo, no sólo aficionado á los adornos de elocuencia, sino también ávido de singularidades. No busca más

(1) *De Oratore*, 21

(2) *De Doctrina christiana*, IV.

(3) «*Propter eos igitur quibus fastidientibus non placet veritas, si alio quocumque modo, nisi eo modo dicatur, ut placeat et sermo dicentis, datus est non parvus etiam in eloquentia locus.*» (De Doctr. christ. IV, XIII).

que novedad. «Venga algo nuevo,» decía un flamante sacerdote á un orador llamado para pronunciar el panegírico de Juana de Arco en una insigne catedral. «Siempre estamos con lo mismo: no salen de Domremy, Orleáns, Reims, Ruan; idilio, epopeya, triunfo, martirio, brazo de Dios en los destinos de Francia, etc...., ¿No podríamos acabar ya con esas antiguallas?»—«Sí por cierto, respondió intencionadamente el orador: con decir que Juana de Arco nació en Saint-Flour, que derrotó al gran Turco y que murió en Burdeos, ahogada en el Gironda, todo estaba renovado. Cosa en que no puedo servir á V., con tanto sentimiento.» A esta réplica enmudeció el joven clérigo, y el predicador pudo, si desagradar al auditorio, contar y comentar la vieja y verdadera historia de Juana de Arco.

No; no es que hayan de decirse cosas nuevas; basta, para agradar, exponer de modo nuevo, en lo posible, las antiguas y eternas verdades que el cristiano debe conocer y practicar. Sed innovadores de forma, no de doctrina (1).

Repito que no cedáis al desmedido empeño de gustar. Entiende Cicerón que la elocuencia es nula, si no excita admiración y sorpresa: *Eloquentia quæ admirationem non habet, nullam ju-*

(1) «Cum dicat nove, non dicat nova.» (S. Vicente de Lerins, in *Commonitorio*).

*dico*» (1). Por mi parte, creo que un varón apostólico puede, sin buscarlo, admirar y sorprender, con sólo estar bien poseído de las verdades que predica. Pero la admiración y la sorpresa en alto grado son raras. Lo que sobre todo habéis de procurar es la íntima, dulce y tranquila satisfacción de un alma que recibe la verdad que se le predica y se resuelve á ponerla en práctica. Natal Alejandro fustiga sin compasión á los oradores que inmoderadamente cultivan el arte de agradar. No me atrevo á traducir sus palabras, traducirlas vosotros mismos: *Longe a sancti Augustini regulis ac præceptis recedunt concionatores illi, qui delectandis duntaxat auditoribus dant operam, adulteris similes, qui voluptatem quærunt, non prolem, adulter antes verbum Dei*» (2). Suponiendo que hayáis entusiasmado al auditorio y merecido sus elogios, ¿es ese por ventura el fin de la predicación? «¿Para que sirve, pregunta San Agustín, una llave de oro si no abre la puerta de las almas? ¿Qué importa sea de palo, si franquea el misterioso santuario donde habéis de tocar los corazones y rendir las voluntades?» (3).

Ved ahí el sumo fin de la elocuencia sagra-

(1) *De Oratore*.

(2) *Institutio concionatorum*, IV, § 22.

(3) «*Qui prodest clavis aurea, si aperire quod volumus non potest? Aut quid obest clavis lignea, si hoc potest, quando nihil queramus, nisi, patere quod clausum est*» (De *Doctrina christ.* IV, 11).

da; el obligado blanco de vuestro celo y esfuerzos. Reanimar la fe, confirmarla, exaltarla, levantar sobre todas las cosas de este mundo, aspiraciones, deseos y esperanzas, encender en los corazones el sagrado fuego del amor de Dios y del prójimo, hacer odioso el pecado, amable la virtud, decidir, en una palabra, á los oyentes por vosotros instruídos á ser en algo mejores y más perfectos, tal es el fin práctico á que ha de ordenarse cada parte de vuestro discurso. Para asestar el último golpe á las almas, vuestra peroración, recapitulando en tono vivo é interesante las verdades que hayáis expuesto, hará un vigoroso, patético y supremo llamamiento á las voluntades que es preciso reducir: *Flectere victoriæ est.*

Por bien compuesto podéis tener el discurso, si después de escucharle, no se contenta el oyente con decir: ¡gran talento! ¡brillante palabra!; sino que deplorando sus errores y pecados, exclama en su interior:—¡Me siento confundido, compadeceos, Señor, de mi miseria! ¡Cuán grande es la religión, y cuán bella la virtud! ¡Ame-mos á Dios sobre todas las cosas! ¡Qué es la vida sino sombra fugitiva y rápido tránsito? ¡Vayamos en busca de la luz y de la patria! ¡Dirijámonos al Cielo!....

## CAPÍTULO IX

### PASIONES Y CONVENIENCIAS ORATORIAS

Meta es de la elocuencia sagrada, en el trabajo y composición del discurso, impresionar y mover las almas, y dominar las voluntades someténdolas al yugo de la verdad divina y decidiéndolas á la práctica de las virtudes cristianas. ¿Y cómo conseguir esto, si el orador no habla con pasión á las pasiones? La principal de estas en un varón evangélico es el amor de Dios y en consecuencia el celo de su gloria y del bien espiritual del prójimo. Esta pasión dominante, inspirada y guiada por el Espíritu Santo, invade, penetra, agita y exalta todas las demás, y las hace hablar con elocuencia insuperable.

Todo hombre de verdad apasionado, si tiene el don de la palabra, puede conmover y apasionar. Pero, como muy bien nota Fr. Luís de Granada: «de los movimientos relativos á diferentes pasiones del ánimo, unos son propios del orador profano, y otros del predicador evangélico. Aquel se